

MIGUEL A. ROMAN
PRESBITERO

ORACION FUNEBRE

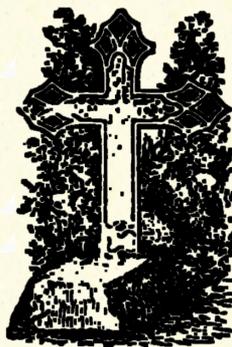
PRONUNCIADA EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE PORTOVIEJO

EN LAS EXEQUIAS SOLEMNES
QUE SE CELEBRARON POR EL ETERNO DESCANSO
DEL ALMA DEL ILMO. Y RVMO.

SR. D. PEDRO SCHUMACHER

OBISPO DE PORTOVIEJO

EL 4 DE AGOSTO DE 1902



QUITO

—
IMPRESA DEL CLERO

—
1902

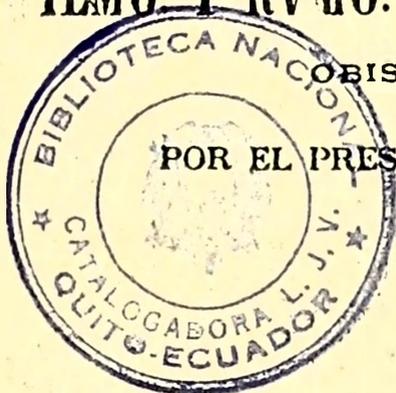


ha comprada al Sr. Antonio Ribadeneira para
Biblioteca Nacional - Quito, 31 de Enero de
1.913

ORACION FUNEBRE

PRONUNCIADA EN LA CATEDRAL DE PORTOVIEJO, EN LAS EXEQUIAS
SOLEMNES QUE SE CELEBRARON POR EL ETERNO DESCANSO DEL ALMA DEL

ILMO. Y RVMO. SR. D. PEDRO SCHUMACHER



OBISPO DE PORTOVIEJO,

POR EL PRESBITERO DR. D. MIGUEL ROMAN

Dilexisti justitiam, et odisti iniquitatem.

Ps. 44, v. 9.

Rvmo. Sr. Administrador Apostólico, Vbles. sacerdotes,

Señores:

EL CATAFALCO elevado en medio del templo, adornado con las insignias de un Obispo, el clamor de las campanas tocando á muerto, el rumor de las últimas oraciones y del canto sagrado que se pierden en las naves de la iglesia Catedral, las lágrimas derramadas en silencio por los sacerdotes y las matronas, todo anuncia un duelo; que ya no existe el ilustre Obispo de Manabí, el Padre de esta grey. Sí, muy justo es que lloréis: llorad matronas porque vuestro guía no existe: llorad niños porque vuestro maestro no está ya en la tierra: llorad desheredados de la fortuna porque vuestro protector falleció:

llorad en fin diocesanos de Portoviejo porque vuestro Padre y Pastor murió. Vuestras lágrimas son muy justas, vuestro dolor es conforme con los sentimientos de gratitud, yo no lo repruebo ni me avergüenzo de confundir mis lágrimas con las vuestras.

La Historia Santa nos refiere como Abraham lloró la muerte de su querida esposa Sara; Raquel llora á sus hijos y no quiere consolarse, porque ya no existen; José lloró ante la tumba de su amado padre Jacob; los hijos de Israel lloraron treinta días en el desierto la muerte de su caudillo Moisés; David llora á sus amigos Saul y Jonatás, temple su lira y arranca gritos de dolor, en la poesía más tierna que conoce la literatura hebrea; San Agustín llora la muerte de su madre Santa Mónica y eleva plegarias al cielo por su eterno descanso; Jesucristo, el Hombre-Dios, llora ante la tumba de su amigo Lázaro. El lenguaje del corazón humano son las lágrimas. ¡Bendito sea el cielo que nos ha dado las lágrimas, para desahogar las penas y amarguras de la vida, arrebujaadas en el pecho humano, como llama comprimida!

No vengo, señores, á biografiar al Ilmo. Obispo de Portoviejo D. Pedro Schumacher, vengo tan solamente á manifestaros uno que otro rasgo sobresaliente de su ministerio sacerdotal, porque su vida se presta para un libro voluminoso. Sin ningún compromiso con el Ilustrísimo difunto, sin haber tomado parte en su carrera apostólica, ni pertenecido á la Diócesis, mi palabra tiene que ser franca y veraz, como toda palabra que se pronuncia en la Cátedra del Espíritu Santo. ¿Quién no ama en esta vida la inocencia del niño, la pureza de la virgen, las lágrimas del oprimido, los gemidos del desgraciado, la abnegación del misionero, la austeridad del asceta? ¿Qué causa más simpática, merecedora de que se la defienda, que la inocencia calumniada y perseguida? La juventud nunca transa con la opresión y la tiranía: es la primera en protestar; y, cuando se ofrece, contribuye con sus talentos, su vida, su porvenir para romper las cadenas de las víctimas. La vida del Ilmo. Sr. Schumacher es una vida de sacrificios, de fe, de abnegación,

de calumnias, de combate: es un idilio que principia en la persecución y termina con la muerte, lejos de los suyos: es la causa católica, la causa de la juventud!

En el día de hoy es muy común prodigar laudatorias y hacer grandes aun á los pequeños. En este mundo no sé si diga materializado por los sentidos, pero sí excesivamente positivista, se levanta estatuas al crimen, al agiotismo, á la opresión! Entre nosotros esa gloria de la política es muy triste; para llegar al Capitolio hay que pasar sobre cadáveres de hermanos, tendidos en los verdes y floridos campos de la patria, apagando con música marcial los lloros y lamentos de los huérfanos y viudas. Al paso que en el ilustre difunto vamos á ver, cómo amó á su Iglesia y á los desgraciados, qué bienes hizo á su Diócesis y patria adoptiva, cuántas lágrimas enjugó y por eso su memoria será sagrada y eterna en los pueblos de Manabí. *In memoria aeterna erit justus.*

Considerémoslo como hombre, como sacerdote y como Obispo.



Dice un célebre filósofo católico, que á todos los hombres grandes que el cielo envía á la tierra para bien de sus semejantes, les adorna de cualidades á propósito para que desempeñen bien su misión. Para conocer al hombre hay que fijarse en las cualidades que le adornan, que son el espejo de su alma. En todos los varones célebres han sobresalido dos cualidades culminantes: el carácter y la sensibilidad. Si leemos las historias tanto santas como profanas encontramos en sus legisladores, conquistadores, jueces, profetas, pontífices, etc., estas dos cualidades. El hombre de carácter concibe una idea, la acaricia y á ella dirige todos sus esfuerzos: pasará sobre mares, ríos, barreras y vencerá imposibles. Es una condición indispensable para ser santo, para ser un héroe. La falta de carácter mata al individuo, como daña á los pueblos.... En el Hombre-Dios se encuentra esa sensibilidad exquisita, manifestada varias ocasiones: llora sobre la tumba de su amigo Lázaro; llora sobre las ruínas de su patria, á la vista de Jerusalén: se compadece de las hambrientas turbas, entrega el hijo resucitándolo á su madre viuda. De igual manera se ve en los profetas, ese amor acendrado al hogar de sus padres. *Va, vidi focum*, dice Isaias, *et calefactus sum* (Isai. XLIV, v. 16).

¿Quién puede poner en tela de duda la firmeza de carácter

del Ilmo. Sr. Schumacher, cuando Superior del Seminario Mayor de San José, en la Arquidiócesis de Quito? Obra que él pensaba la llevaba á término, idea que concebía la realizaba venciendo obstáculos mil. El edificio del Seminario Menor lo llevó á cabo en muy poco tiempo, trabajando personalmente, ya como carpintero, ya como arquitecto y aun como albañil, enseñando prácticamente á los obreros indios á manejar las máquinas de fabricar ladrillos. Testigo de ello fue la capital del Ecuador!

Pero en donde más descuella su actividad y energía de voluntad es en la fábrica del Seminario Mayor, á las faldas del volcán de Pichincha: la obra se comenzó en 1882 y en año y meses estuvo terminado un ángulo recto del edificio, trasladándose allí el personal respectivo de alumnos y profesores. Edificios que son el ornato de la Capital y que cualquier viajero inteligente pregunta con interés: ¿quién lo edificó? Durante la obra de este edificio surgieron dificultades, inconvenientes, falta de cooperación de la vecindad, y, con todo, ante esos obstáculos, su voluntad permaneció firme.

¿Queréis vosotros saber cómo dirigió, gobernó, sostuvo el Seminario durante el gobierno dictatorial del General Veintemilla? Interrogad á esa falange de sacerdotes jóvenes de la Arquidiócesis y ellos os referirán las virtudes, tacto, prudencia, energía de su Rector. Cuando el Ilmo. Sr. Andrade, actual Obispo de Riobamba, gobernó como Vicario Capitular la Metropolitana y estuvo perseguido, en su *retiro* estuvo asistido y animado por su amigo y consejero el R. P. Schumacher. Cuántos bienes no debe la Iglesia ecuatoriana, en aquel entonces, al ilustre difunto. La historia un día tendrá que hablar bien largo de aquella época luctuosa, donde el Clero guardó su puesto y triunfó.



En el R. P. Schumacher existía una sensibilidad exquisita, un amor puro por todo lo que le rodeaba, un corazón compasivo para las desgracias ajenas, haciéndolas propias. ¿Queréis de ello una prueba? Era el año 1877, el 14 y 15 de Noviembre, en las barricadas de Quito, mientras se peleaba con valor heroico entre las fuerzas del General Yépez y Vernaza. Durante 24 horas, no cesaron el cañón, la ametralladora y fusilería de repercutir el aire, acompañando el cielo con una recia tempestad de truenos y relámpagos. Veámos pasar al P. Schumacher,

con un Crucifijo al pecho, auxiliando á los moribundos, curando á los heridos y transportando á los muertos á las iglesias vecinas. ¡Así se ejerce la caridad!! Así se ama al prójimo!!!. . . . Las balas respetaron su persona, y no la ha respetado la calumnia! En el combate del 10 de Enero de 1883, en las mismas calles de Quito, se portó de igual manera; y, al siguiente día del triunfo de las fuerzas restauradoras, anduvo recogiendo los cadáveres en una carreta, para darles sepultura sagrada. Por ahí conoceréis su valor y su virtud!



Una vez elegido Obispo de Portoviejo, su ideal primordial fue el arreglo de los seminarios, el Clero, la instrucción primaria, las congregaciones docentes, etc., y no omitió medio, sacrificio ni desvelo para llevar á cabo su ideal. Todavía están en pie las casas y colegios de las Benedictinas en Rocafuerte, Bahía, Jipijapa y Calceta: los colegios de las Madres Franciscanas en Chone, Santa Ana del Seminario Conciliar destruido por el terremoto del 4 de Mayo de 1896, el Colegio Mercantil de Bahía. Sobre todo, lo que llama la atención en estas hermosas construcciones es su solidez y comodidad, en donde se invirtieron caudales ingentes, tanto de la renta del Obispo como de limosnos de muchos católicos de Europa y América. Todavía está en alto el suntuoso edificio del "Instituto San José", obra colosal y que, pudiendo pasar al lado de cualquier edificio europeo, fue arrasado por los soldados liberales del General Alfaro.

Nadie puede medir ni comprender los dolores de un corazón sacerdotal en la imposibilidad de hacer el bien á manos llenas, como lo desea. El Ilmo. Sr. Schumacher hacía las fundaciones de colegios y escuelas, casas de asilo; pero veía la desmoralización de costumbres y su alma gemía entre la oración y el estudio; de allí nació "El Hogar Cristiano" publicación católica y sus luminosas pastorales, obras dignas de los primeros siglos de la Iglesia.



Como sacerdote y como Obispo amó á los niños á imitación de Nnestro Señor Jesucristo. Cuando adolescentes, vimos al Padre Schumacher recogiendo á los pequeñuelos en la escuela de los Hermanos Cristianos de Quito para formar la Congregación de

San José y llevarlos luego al Seminario para educar su corazón y su inteligencia, con la explicación del Catecismo y los juegos infantiles. De entre esos niños salieron muchos sacerdotes que hoy rigen las parroquias de la sierra con gran desinterés y abnegación. ¡Clero ilustrado y virtuoso, timbre de mi patria y de la América del Sur!

La mayor gloria que tiene el Ilmo. Sr. Obispo de Portoviejo, es haber formado un Clero numeroso y disciplinado, de manera que ningún pueblo de aquí quedó sin párroco, venciendo obstáculos nada comunes. Para ello, hizo sus viajes á Europa, gastando cuanto recurso le quedaba. En aquella época, por confesión de sus mismos enemigos, de uno á otro confín de Manabí reinaba el orden, la moralidad; se fabricaron puentes sobre el río Portoviejo, se principió la casa de Artes y Oficios y el Hospital. Cada cantón tenía su Colegio de señoritas y de varones y se proponía levantar otros edificios, cuando sonó la revolución liberal del 5 de Junio de 1895; la cual á modo de huracán, lo arrasó todo.

¡El Obispo de Manabí en su corto período hizo por estas provincias lo que no han hecho todos los gobiernos pasados!



No puedo continuar, sería interminable mi narración y no es posible tocar ciertos puntos á los que convienen más bien el silencio. . . . Cuando avanzó á Quito por el camino de Chone, custodiado por los valerosos soldados interioranos del N^o 4^o de línea, al pasar el río Chone, en el sitio de San Lorenzo, algunos de sus malos hijos le hicieron descargas de fusil; entonces el Obispo Schumacher lloró viendo la ingratitude con que le pagaban tanto beneficio y tanta abnegación. Fue el preludio de su despedida: no regresaría más! El desfile del ejército por la montaña toca y pertenece á la Historia ecuatoriana; como quiera que se le considere, es una epopeya heroica, prueba de la abnegación del Apóstol, y del valor y disciplina del soldado ecuatoriano!



¡Quién puede decir nada en contra de su virtud, de sus santas costumbres, del exacto cumplimiento del deber! Sus mayores enemigos que le han tratado de extranjero intransigente, de enemigo del liberalismo, jamás se han atrevido á

manchar su pureza! De la pureza de sus costumbres resulta esa energía y virilidad de carácter nada vulgar! Cómo animaba á los pusilánimes, confortaba á los caídos y á su ejemplo, cuántos cobardes resultaron héroes! Es preciso haber luchado aquí, en la costa, es necesario haber padecido para saber las amarguras y sufrimientos del sacerdote, en donde todo conspira contra él: el clima, los hombres y las fieras: en donde hay que beber la sed y comer el hambre en esas confesiones de uno y dos días de camino, vadeando ríos, cayendo y levantando en fangos de lodo, llegar á la caída de la tarde al lecho del moribundo, después de haber soportado soles caniculares ó la lluvia. El Obispo con sus sacerdotes cuánto sufrieron en este Getsemení, no una noche sino noches de años! Tánta abnegación, tánto sacrificio, tántas obras de caridad y beneficencia, cómo se pagó? Ah! aquí mismo, en esta capital se gritó: *¡¡Abajo las sotanas!! ¡¡muera el Obispo extranjero!!..... ¡¡Muera Cristo!!!.....*



“Cesen ya los fuegos, basta de insultos al Clero”; exclamó un día en una de sus pastorales, saliendo á defensa de sus hermanos del interior. Hoy desde el cielo, pide á su vez que venga la paz, la concordia á la Iglesia ecuatoriana. De nuestra compatriota la Beata Mariana de Jesús, la Azucena de Quito, se cuenta que se sacrificó, como hostia de propiciación, para salvar á sus paisanos, haciendo el sacrificio de su vida; tal creemos pasa con el Ilmo. y Rvmo. Obispo Schumacher, en bien de la Iglesia del Ecuador, para que reine la paz y cesen esas odiosidades sacrificó su vida y aceptó la muerte. Deseó morir y reunirse á Jesucristo. Tenemos confianza que la paz se consolidará en nuestra querida patria, porque las oraciones del justo son poderosas.



Matronas manabitas, cuando el día de mañana os pregunten vuestros hijos, por qué vuestro santo Obispo, tan querido, murió en agena tierra, ¿qué les responderéis? Ni os fue dado siquiera el poseer sus restos mortales! La historia eclesiástica nos refiere que el gran Pontífice Gregorio VII acabó en el desierto sus días, abandonado aun de algunos de sus amigos, á

orillas del mar de Salerno, exclamando en su agonía: "He amado la justicia y he aborrecido la iniquidad, por eso muero en el destierro!" Del mismo modo clamará la tumba del Obispo de Portoviejo en un rincón de los Andes colombianos, batidos siempre por esas negras tempestades, clareado por los truenos y relámpagos de las alturas gigantescas, coronadas de nieve perpetua, que se acercan al cielo! ¡Designios de la divina Providencia!: las olas de la revolución liberal empujaron el día de ayer á un santo Obispo colombiano, que murió en el Ecuador; y hoy el liberalismo de aquí proscribió al Sr. Obispo Schumacher y muere en Colombia, en una aldehuela llamada Samaniego, pobre y humilde como fue en vida, viviendo de la caridad pública y hasta el último día haciendo el bien á sus moradores. En todo fue grande el Obispo de Manabí, y debía serlo en su muerte y en su última agonía, espirando con la sonrisa del mártir en sus labios, orando por sus enemigos y calumniadores: ¡Padre, perdónales, no saben lo que han hecho!



Padre santo, Obispo modelo, voy á terminar: en mi alma siento que el dolor toca á muerte y agonía por la pérdida que hacen tus diocesanos, pero ahora desde el cielo, donde estás ceñido de la aureola de tus virtudes y de la palma del martirio, dirige una mirada de ternura sobre tu Clero que tanto amaste, hoy esparcido como hojas por el viento; sobre tu Diócesis que guardaste como buen Pastor; sobre este pueblo confiado á tu vigilancia pastoral. Allá, á los pies del Altísimo, pide por la paz y concordia de la familia ecuatoriana, porque cesen esos tiros contra el Clero, y por el sacerdote admirador de tus virtudes para que las imite. —R. I. P.

Portoviejo, Agosto 4 de 1902.

